

## XI

## La policía de los barrios.

Las consecuencias de la visita de Arturo fueron fatales para el sosiego moral de Celeste; su alma, tan noble y elevada, cuanto era profunda su miseria y abatimiento, no había podido concebir ningún sentimiento tierno más que por sus padres. No le habían faltado, como debe creerse, hombres que en sus salidas á la calle la siguieran, le hicieran señas, y aun se atreviesen á hacerle insinuaciones; pero todo esto, lejos de agradar á la muchacha, no hacía más que fastidiarla sobremanera. A pesar de su inocencia, su despejado talento le daba á conocer que esas demostraciones estaban muy lejos de la delicadeza y de la moralidad; y todo lo que no era moral y delicado, repugnaba á la alma casta de Celeste.

En cuanto al amor, ella formaba sus teorías en sus largos ratos de soledad, y se figuraba al hombre que la amara, joven, bien parecido, de esmerada educación,

de elegante vestido, de corazón generoso, de acciones nobles: era un ser fantástico, como todas las muchachas se lo figuran, en cuanto despierta en ellas este instinto que las obliga á buscar el cariño y el apoyo del otro sexo. Pero ella deseaba encontrar ese ser fantástico, siquiera para verlo, para adorarlo en secreto, para tener el consuelo de decir en su interior, que existía en efecto un ser que pudiera derramar sobre ella la felicidad, la alegría, la vida. Cuando salía de estas hermosas cavilaciones, de estos éxtasis que la sacaban fuera de sí, sonreía amargamente y decía: tan pobre, tan desgraciada, tan oscura como soy, ¿quién me ha de querer? Envidiaba entonces la vida opulenta de Aurora, y se entristecía: después, pensando que la religión le prohibía envidiar, y ambicionar, y desear, enderezaba su pensamiento á Dios; volvía la cabeza para mirar tiernamente á sus padres, y alegre y resignada, seguía en su penosa tarea de sufrir y trabajar.

Así pensaba Celeste, cuando Arturo la visitó: el semblante del joven estaba algo pálido con la orgía; sus ojos cansados y soñolientos, le daban un interés indefinible; su vestido era elegante; su corazón noble y grande como el de un rey; sus acciones llenas de delicadeza y de caballerosidad. Celeste vió precisamente en Arturo, el joven con quien había soñado tantas veces, el ser que silencioso la había acompañado en las horas altas de la noche, en que permanecía sentada delante de una temblorosa y vacilante bujía, trabajando para sostener á sus padres.

Celeste, luego que se fué Arturo, registró su rebo-

zo, y viendo prendido en él un hermoso fístol de brillantes, se llenó de sorpresa, más que por el valor de la alhaja (que no tenía motivo para conocer), por el hecho tan generoso y tan magnánimo de desprenderse de una prenda tan hermosa, para socorrer la desgracia y el infortunio. Celeste comparaba los pequeños y repetidos pleitos de las vecinas por el agua, por la sal, por el mendrugo de pan, con la generosidad de Arturo, y naturalmente las primeras gentes le parecían unas miserables, y su protector un rey. A poco, el padre y ella encontraron el dinero: el viejo se puso taciturno, desconfiando siempre de las acciones humanas, y pensando que Arturo podía ser un seductor, mientras la muchacha, anegados sus ojos en lágrimas, se deshacía en elogios y alabanzas.

Se acostó tranquila al parecer; pero su sueño fué interrumpido varias veces: su corazón, tranquilo y sereno hasta entonces, latía con más violencia. Durmióse, y soñó con Arturo: lo veía enlazado del brazo de una jóven hermosa, llena de perlas y diamantes, con rico vestido y con hermoso calzado de seda.

Al día siguiente se levantó Celeste triste: le daban ganas de llorar sin saber por qué, y cada ruido de pasos la estremecía: á cada momento se le figuraba que Arturo abría la puerta, y que con su sonrisa de bondad la consolaba y le tendía la mano: desempeñó por primera vez penosamente sus deberes, y lo más del tiempo estuvo pensativa y cabizbaja. En la tarde le vino una idea: salió á la calle y compró una bonita musulina, unos zapatos de seda, algunas otras cosas más,

y por la noche se puso con ahinco á trabajar. A los tres días Celeste estaba encantadora, pues con un arte sin igual había arreglado su trage, había peinado sus cabellos, había vuelto á ceñir sus delicados piés con zapatos de seda: esperaba á Arturo ese día, y su esperanza salió vana; estaba decidida á indagar su casa y á devolverle el prendedor de brillantes. Todo esto era lo más inocente, lo más legal que pudiera imaginarse; pero veamos el juicio que formaron las vecinas, y lo que siguió á estos pensamientos de felicidad.

El día en que vieron entrar á Arturo en pos de Celeste, tuvieron bastante motivo de conversacion: las unas decían, que por fin se había echado por la calle de en medio, y salía en busca de novios: otras apoyaban esta suposición, disculpándola por su pobreza y aislamiento; y otras añadian, que demasiado tiempo se había cuidado la pobre muchacha. Almas caritativas, que no faltan, tenían por malos juicios tales hablillas, y decían que Arturo sería uno de tantos libertinos atrevidos que seguían á las muchachas.

Cuando las vecinas vieron á Celeste con su trage nuevo, las sospechas se aumentaron; y todas, aun las que al principio la defendían, proclamaron á una voz, que Celeste había abandonado el camino de la virtud y del honor.

No obstante, como notaron que su posición había cambiado, y pensaban que podrían sacar partido pidiéndole prestado, en cónclave pleno resolvieron que una de ellas iría á visitarla. Resultó electa para esta comisión exploradora una Doña Venturita, mujer de

un músico de regimiento, de mas de cuarenta años de edad, pero relamida y bachillera. Vestia los domingos túnicos de macedonia, tálalos color de arco-iris; y sus piernas, flacas y mal hechas, las adornaba con medias de la patente color de carne, haciendo que las cáligas de su calzado dieran tantas vueltas que le cubrían el pié.

A la noche, Doña Venturita tocó la puerta de Celeste; esta la recibió con amabilidad, mas con semblante sério, pues ya hemos dicho que no gustaba absolutamente de tales amistades.

—Jesus, niña! en qué encierro tan chocante vive vd., le dijo la vecina, abrazándola con llaneza.

Celeste, sin tener que responderle, le acercó el único asiento, que fué el que sirvió al jóven Arturo, pues la muchacha no habia tenido lugar de regenerar los muebles.

—Vamos! está vd. *ahora pintando en el ocho*, continuó la vecina; ya se ve, como ahora hay moro en campaña, es fuerza plantarse bien.... Bonita muselina.... Y dónde la compró vd.?.... A cómo costó la vara? En el cajon de «Los tres navíos» hay primores.... O la trajo el querido?..... Vamos, picarona, confiese vd. la verdad: ya sabe vd. que soy su amiga.... y por otra parte, hace vd. bien de meter el buen dia en casa: á la fortuna la pintan calva; y si Dios te la dió, San Pedro te la bendiga.... Conque vamos, qué tal? guapo mozo, no es cierto?

Celeste apenas podia comprender esta algarabía, dicha con una rapidez y con una sonrisa de burla,

que ofendia; pero sin saber acertivamente por qué, se llenaba de rubor, y sus mejillas estaban encendidas.

—Quien calla otorga, prosiguió Doña Venturita, fumando un cigarro, y echando bocanadas de humo sobre el rostro de Celeste. Vaya mialma, confíesela y aunque no la pague. Al fin.... ¿qué habia de hacer vd. sola? y que tarde ó temprano.... la miseria obliga á mil cosas.

—Señora, le contestó Celeste con dignidad, no he entendido la mitad de lo que vd. me ha dicho; pero si todas sus sospechas se refieren á ese jóven que estuvo el otro dia en esta casa, ni lo conozco, ni sé cómo se llama, ni me ha dicho palabras que puedan interpretarse malamente.

—Bribona! le interrumpió la vecina con tono chancero; y ese túnico, y esos zapatos de seda, y esos platicos de China.... eso se compra con dinero, y dias pasados no tenia vd. ni qué comer.

Los ojos y el rostro de Celeste se encendieron, y lanzó á la vecina una mirada terrible, obligándola á que bajara los ojos, y á que con tono hipócrita dijera: yo no digo eso, niña, mas que por una chanza: si vd. se incomoda, entonces la dejaré en paz: cabalmente á mí no me gusta meterme en la vida de nadie: que á cada uno se lo lleve el diablo, si es de su gusto: que el que por su gusto muere, hasta la muerte le sabe; y.... pero yo nada mas que por cariño he venido á visitarla, y á pedirle que me preste su túnico para cortar otro igual, pues ya le dije á mi marido Cipriano

que me habia de comprar uno igual, ó el diablo se lo llevaba, porque ¿para qué se casó conmigo? que el que no quiere ver visiones, que no ande de noche. . . . . Esta es la verdad.

Celeste, sin hacer caso de las últimas palabras de la vecina, dijo:

—Señora; pues qué, es preciso dar cuenta á toda la vecindad hasta de las mas insignificantes acciones? sepa vd. que ese túnico lo he comprado con el dinero de ese jóven; pero ese jóven, á quien no conozco, lo dejó bajo la almohada de mi padre sin que yo lo supiera: así, lo mas que se puede decir, es que este traje me lo han dado de limosna.

—Já! já! já! exclamó la vecina, soltando una estrepitosa carcajada. . . . A otro perro con ese hueso! Caramba, mialma! y que buena saldrá vd. en creciendo, si ya tan jóven sabe engañar tanto. Un galan de estos tiempos, dar limosna de mucho dinero sin sacar partido! . . . . Vaya, niña, vd. *de á tiro* quiere hacerse de la media almendra; ya me salieron los colmillos. . . .

Celeste, indignada, y notando que despertaba su padre, le dijo á la vecina:

—Señora: no creo haber dado motivo para que vd. me insulte, y le ruego que se vaya y me deje en paz: si paso miserias, en nada molesto á vdes.; y si tengo un túnico nuevo, tampoco las ofendo con eso.

—Jesus! exclamó la vecina escandalizada; y lo que puede la vanidad: en cuanto tuvo un querido esta muchacha, se le ha subido. . . . Tan humildita que parecia. . . . Me voy, niña; pero quiera Dios, continuó diri-

giéndose á ella, que no le den unas viruelas, ó le suceda otra cosa peor.

Doña Venturita salió, y Celeste se echó á llorar: comenzaba á experimentar cuánta es la perversidad y el veneno de un corazon dañado, y cuán repugnantes son las gentes de mala educacion.

El viejo, que dia por dia iba agravándose, le preguntó con una voz confusa:—¿Qué tienes, hija mia?

—Nada, padre, le contestó la muchacha con una voz dulce, y limpiándose los ojos; una vecina ha venido á informarse de la salud de vd., y se chanceaba conmigo.

En cuanto á la Doña Venturita, salió rabiosa y jurando vengarse de la muchacha, pues habia concebido una envidia atroz, á causa de su hermosura y de la fortuna á que se presumia seria elevada por el supuesto amante.

Muchas de las vecinas, reunidas en su casa, la esperaban para saber el resultado de la visita.

—¿Qué hay? qué dice la remilgada? exclamaron luego que la vieron venir.

—Anden, niñas, les contestó con voz sofocada; es una orgullosa, es una hipócrita, que me ha despedido de su casa, porque le hablé al alma; y me ha dado una cólera, que vengo temblando: agua. . . . un vaso de agua. . . .

—Pícara.

—Bribona.

—Infame.

—Por qué no la arañó vd.? dijeron todas á una voz,

presentando dos vasos de agua á un tiempo á la heroína de la casa.

—Qué! . . . vale mas echarla de la casa, porque nosotros somos muy honradas, y ella es una escandalosa.

—Sí, echarla, echarla, y que se vaya á otra parte con sus viejos enfermos y su querido.

—Avisarle al padre D. Gregorio para que la excomulgue, decia una.

—Y á D. Pedrito el casero, para que la eche.

—Y á D. Caralampio el alcalde, para que la mande á la cárcel.

—Pero niñas, no hagan juicios temerarios, dijo una de las vecinas.

—Jesus! mialma, interrumpió Doña Venturita, sentándose en el suelo con desenfado, y qué buena alma tiene vd. Oigan lo que me pasó:

Todas las vecinas, unas comiendo una media torta de pan con chile, otras mascando caña ó pelando naranjas, se sentaron alrededor de la heroína, y esta les refirió su entrevista con Celeste, pintándola con los colores mas negros.

—Es una prostituida, exclamaron todas.

—Mucho mas, interrumpió Doña Venturita, pues lo mejor se me habia olvidado contarles.

—Diga vd., diga vd.

—Pues señoras, han de saber que lo del túnico y los zapatos no es nada; pues sin que ella lo observara, le estuve notando que tenia en el pecho. . . ¿á qué no saben qué?

—Seria un retrato, dijo una.

—Un rosario de oro.

—Una cadena.

—Nada de eso, dijo Doña Venturita; un fistol de brillantes.

—¡¡¡Un fistol!!! exclamaron todas.

—Un fistol, y que vale mucho, mucho dinero; pues brilla tanto, que hasta deslumbra; cada piedra parece un sol.

—Jesus! y qué mujer tan infame, tener un fistol tan valioso en el pecho!

—Cabalito, dijo Doña Venturita.

—Y qué, se lo daría el querido? preguntó otra.

—Qué se lo habia de dar! interrumpió Doña Venturita; serán tan atontados los hombres de hoy en día.

—Pues entonces? . . .

—Claro está, continuó la heroína; el pobre hombre estaria descuidado, y ella se lo quitó.

—Cabal, exclamaron dos ó tres voces.

—Y de ahí viene su túnico, y sus tazas de China, y todo lo que ha comprado, pues ella estaba en la miseria, hasta ahora que desplumó al pichon.

—Es una ladrona, dijo una vieja; el Señor de los Siete Velos la castigará, porque su Divina Majestad es muy justo.

—Eso es muy bien dicho; pero tambien es menester que hagamos algo de nuestra parte, pues ya vd. ve, mialma, que todas somos honradas, y no es justo que paguen justos por pecadores.

—Es verdad; ¿no ven vdes., dijo otra, que si ma-

ñana la justicia lo sabe, á todas tal vez nos barrerán con una escoba, y la casa perderá su crédito?

—Pues no hay mas remedio sino avisarle al alcalde.

—Y si no es cierto que ella ha robado, sino que el querido le ha dado el fistol, ¿qué le sucede á la pobre muchacha? dijo otra.

—Entonces lo averiguará la justicia, contestó Doña Venturita; pero mientras, nuestra conciencia se grava. Yo por mí, ni ato ni desato, ni quito ni pongo; no soy ni mono ni carta blanca, mialmas.

—Dice bien, repuso la vieja; la conciencia se grava, y es menester obrar como Dios manda, avisándole á D. Caralampio el alcalde.

—Sí, se lo avisaremos; es una prostituida, una ladrona y una hipócrita.

Las vecinas, decididas á ver á D. Caralampio, se levantaron y se pusieron en camino.

Don Caralampio, juez de paz del barrio, era tocineiro, y tenia una mala y sucia tienda cerca de la casa de vecindad de que tratamos: era un hombre gordo, de baja estatura, tez morena, nariz regordida y encarnada, ojos saltones, y pobladas y cerdosas patillas: vestia una chaqueta larga de indiana, unos pantalones de pana, y un sombrero jarano ordinario.

Este digno y respetable magistrado, detrás de sus jabones, de sus chorizos y de sus bateas de manteca, y rodeado de esa atmósfera fétida que se respira en esos inmundos establecimientos, administraba justicia de una manera fácil y pronta; es decir, dando sendos moquetes y palos á los que le faltaban al respeto; aga-

sajando con ciertos requiebros, que no pueden escribirse, á las mujeres desavenidas con sus maridos: cerrando los ojos sobre ciertas materias, y enviando á la cárcel, á disposicion del gobernador del Distrito, á todos los que no se conformaban con sus justas y enérgicas sentencias.

A este tremendo tribunal, situado en una tocinería, y delante de este digno juez, fueron las vecinas y depositaron su acusacion: D. Caralampio las oyó con atencion, y con una voz de rey, D. Pedro dijo: mañana procederé; por ahora váyanse, y vigilen á la criminal.

Luego que las mujeres salieron de la casa, el bravo juez de paz se puso á discurrir.

—El negocio gira entre una muchacha bonita y un fistol de brillantes, se dijo. . . . Muy bien: me quedaré, ó con la muchacha, ó con el fistol.

A la mañana siguiente, muy temprano, D. Caralampio se presentó en casa de Celeste, la llamó á la puerta, y en tono brusco le preguntó:

—Usted se llama Celeste Fernandez?

—Sí, señor, respondió la muchacha.

—Un hombre decente ha entrado aquí hace pocos dias?

—Sí, señor, le respondió con tono firme Celeste; pero no sé quién es vd., ni por qué motivo me viene á hacer semejantes preguntas: tengo que hacer en mi casa, y dejo á vd.

—Celeste hizo ademán de meterse á su casa; pero el juez de paz la agarró por el brazo, y con tono burlesco le dijo:

—Hola, perlita! tiene vd. el genio muy violento, y no me habian informado mal.... pero escuche vd. su carita es bonita, como un doblon de á cuatro, y todo se puede componer con tal de que vd. quiera....

El juez de paz, al decir esto, miró amorosamente á Celeste, si es que su fisonomía y sus ojos saltones podian expresar el amor.

Celeste tuvo miedo, y con voz cortada le dijo: por Dios, señor, que me deje vd., ó gritaré á las vecinas.

—Y de nada le servirá á vd., porque ha de saber vd., pedazo de cielo, que yo soy el juez de paz, y que vengo á indagar el negocio de cierto fistol, y de cierto dinero, y de ciertas cosillas que merecen la cárcel.

—La cárcel! repitió Celeste maquinalmente.

—Sí, la cárcel, volvió á decir el juez de paz, por que unas prendas de gran valor, como las que vd. tiene, no andan tan fácilmente en manos de los pobres. Si á mí, que tengo mi giro, siempre me faltan siete y medio para acabalar un peso.... á vd. que no tiene ni qué comer....

—Señor, dijo Celeste aterrorizada, ruego á vd. que no se crea de lo que le hayan contado; yo juro á vd. por lo mas sagrado....

—Ya sé que me contará vd. que se lo han regalado, y que.... Pero ese será negocio del juez....

—Del juez! repitió Celeste atacada de un vértigo.

—Sí, del juez, mi vida, pues yo cumpliendo con mi obligacion, debo enviar á vd. al juez, y allá se aclararán estas cosas.

—Celeste, con la mano que tenia libre, cubrió su

rostro y se apoyó contra el marco de la puerta para no caerse.

—Vamos, le dijo D. Caralampio, no hay que afligirse; vd. es bonita, y para las bonitas y los ricos no hay leyes ni castigos. Prométame vd. que escuchará lo que yo le diga, que se dejará de andar con *catrines*, y yo lo compondré todo.

Celeste permaneció sin responder; pero al fin, saciándose de su estupor, repelió con cólera la mano del juez de paz; se metió á su casa, y dió con la puerta en las narices á D. Caralampio, el cual furioso de tal desaire, prorumpió en una maldicion y comenzó á dar voces, pidiendo auxilio para proceder á la aprehension de la escandalosa y malhechora, que así ultrajaba á la justicia. Las vecinas, que tenian noticia de que el juez iba á proceder con toda integridad y justicia, salieron, atropellándose, de sus sucias pocilgas, y se agolparon á la puerta del cuarto de Celeste.

—Qué ha sucedido, D. Caralampio? dijo Doña Venturita, que fué la que primero habló.

—Qué ha de suceder? sino que esta mujer me ha faltado, dándome un portazo en la cara; pero esta canalla no entiende de buenas palabras, continuó dirigiéndose á tres ó cuatro hombres envueltos en su frazada. Hola! entren vdes. y saquen á esa mujer por bien ó por mal, y en seguida registraremos la casa para buscar las prendas que se ha robado.

Los léperos empujaron la puerta; y Celeste, cuya estupidez se habia cambiado en furor, tomó un cuchillo, y refugiándose en la cama de su padre, le dijo con

voz apagada por la cólera:—Padre, me acusan de ladrona, y me quieren llevar á la cárcel.

Apenas el anciano oyó esto, cuando recogiendo la ropa de su cama, tomó la lanza que estaba en el rincón y acometió á los léperos que se acercaban, los cuales corrieron asustados; mas como uno de ellos no fué tan ligero, recibió una herida.

El anciano agotó su último esfuerzo, y la rabia de ver calumniada á su hija de una manera tan infame, acabó de quitarle el poco vigor que tenia; y aunque quiso hacer otro movimiento, cayó en el pavimento, dando con su frente en las vigas, y maldiciendo á los malvados que venian á arrebatarle, en los últimos momentos de su vida, á su único consuelo y esperanza.

La madre, idiota, y ya sin movimiento, solo sonreía.

Las vecinas y los muchachos gritaban, el juez de paz juraba, y el herido, aunque levemente, exhalaba adrede dolorosas quejas.

En cuanto á Celeste, luego que vió caer á su padre, de nada se acordó, y corriendo adonde estaba, se postro ante él, tomó su cabeza entre sus manos, besó su frente y limpió con sus cabellos su rostro; y finalmente, derramó un torrente de lágrimas. . . . pero todo en vano, porque el anciano habia dejado de existir.

Aquellas gentes burdas, sin educacion y sin moral, no pudieron menos que respetar el dolor y la situacion de Celeste, y permanecieron silenciosas. Cuando Celeste se cercioró de que su padre no vivia, separó sus luengos cabellos que caían sobre su rostro, limpió sus ojos con sus manos, miró con indiferencia á

todos los que la rodeaban; se levantó, imprimió un beso en la frente de la madre, que sonreía siempre, y se sentó en la orilla de la cama, con una apariencia de tranquilidad que daba miedo.

—Está loca! dijeron algunas vecinas.

—Se finge, dijo Doña Venturita.

—En la cárcel se le quitará la locura, añadió el juez de paz.

—Y las prendas robadas? preguntaron los léperos.

—Las buscaremos, dijo el juez.

Y entraron, y registrando cuanto era posible, encontraron algunas monedas de oro y plata, ropa nueva de Celeste, y en un pañuelo prendido el fistol, origen de este terrible drama.

—Aquí está el fistol! aquí está! exclamaron dos ó tres voces á un tiempo.

—Aquí está! dijo el juez, y haciendo del ojo á uno de los léperos que estaba junto á él, le preguntó:

—Vaya! camarada, vd. que es platero, diga cuánto valdrá este fistol?

El bribón, que entendió perfectamente la seña, tomó el prendedor en la mano, lo volvió en todas direcciones, y despues, aparentando un exámen minucioso, lo devolvió al juez, diciéndole con indiferencia:

—Es de piedras falsas, y valdrá diez ó doce pesos.

El juez, al disimulo, estrechó la mano del platero, y dijo con gravedad:

—Valga lo que valiere, siempre es un robo, ó al menos se sospecha que lo sea, y la justicia debe tener conocimiento de esto; además, aquí hay un muerto y

un herido, y esta muchacha es causa de todo: voy á poner el parte, y que la lleven á la cárcel á disposicion del gobernador.

Celeste no dijo ni una palabra, sino que cuando le ordenaron que se levantara, lo hizo, y siguió á dos corchetes, que en medio de la gente y de los muchachos que la seguian, la condujeron á la cárcel: el cadáver del padre fué llevado á Santa María, y la madre enferma al hospital de San Andrés.

En cuanto á D. Caralampio, se dirigió á las tiendas á comprar un fistol en treinta pesos, que en union de las monedas, de la ropa y la lanza, presentó al juez de turno como cuerpo de delito, yéndose en seguida á su tocinería con la mayor tranquilidad del mundo.

Por la noche salió, como tenia de costumbre, y ya cerca de las once se retiraba á su casa, cuando fué asaltado por un hombre que le dió siete puñaladas: D. Caralampio, agonizando, reconoció al fingido platero.

—Dónde está el fistol? le dijo el platero, amagándolo de nuevo con el puñal.

Don Caralampio, que ya no podia hablar, señaló la bolsa izquierda del chaleco.

El platero registró la bolsa indicada, y habiendo encontrado el fistol, hundió dos veces de nuevo el puñal en el corazon del juez de paz, y embozándose en su frazada, dió la vuelta y desapareció entre las sombras de la noche.

## XII

## Viaje en Diligencia.

Arturo corrió casi loco por algunas calles, sin saber ni adonde dirigirse, ni qué hacer: le parecia que lo seguia, como su propia sombra, el cadáver del capitán Manuel, y cada embozado que encontraba se le figuraba un agente de policia, encargado de prederlo y de conducirlo á esa sucia é inmundada cárcel, donde están aglomerados los criminales mas depravados y asquerosos. Vagó como Cain en medio de las sombras de la noche, con un peso en la conciencia, con un dolor en el alma, que no puede ser explicado. Pasó por un miserable bodegon en donde agrupados á una mesa cubierta de rotos y sucios manteles, cenaban cinco ó seis hombres de fisonomías torvas, de cabellos y barbas erizadas, pálidos, sin corbata, y con los fraes y levitas cubiertas de polvo: acercóse Arturo al mostrador, pidió un vaso de vino, se lo echó á pechos y

salió sin saludar siquiera á los concurrentes. Algo alentado con el licor, pudo dar mas orden á sus pensamientos, y decidió marcharse á Europa, puesto que el paquete inglés estaba próximo á salir. Rodeando por calles excusadas entró á su casa, recogió algun dinero, arregló un baul de ropa y ordenó á un criado que lo llevase secretamente á la casa de Diligencias: en seguida se puso un tosco abrigo de paño oscuro, un sombrero al estilo del país, y unos anteojos verdes de cuatro vidrios, y salió á la calle algo mas tranquilo, persuadido de que no seria roconocido tan fácilmente. Dirigióse á la casa de Diligencias, en donde encontró á su criado que lo aguardaba con su equipaje, y tomó, bajo el nombre de Eusebio García, el único asiento que habia quedado libre. Despues fingió que salia, y á excusas volvió á entrar, y subiendo á un terrado lleno de naranjos y de flores, se acostó en un sofá y procuró dormir mientras llegaba la hora de la partida del coche. Eran las once de la noche: Arturo dormitó; pero pesadillas y sueños horribles lo hicieron estremecerse muchas veces.

A las tres y media de la mañana bajó y se metió en el coche: á poco fueron llegando los demas pasajeros, hasta llenar los nueve asientos. Arturo se colocó en el asiento de en medio; en la cabecera, junto á él, habia de un lado un hombre envuelto en un jorongo, y del otro una señora arrebujaada en una capota y en un chal de lana: como era de noche, y la señora tenia perfectamente cubierta la cara, nuestro jóven no la pudo reconocer.

La Diligencia partió, y cuando pasaron por la garieta, y las ruedas no hacian ya ningun ruido, Arturo oyó sollozar lentamente á la compañera de viaje: los demas pasajeros dormian.

Arturo permanecia sumergido en profundas cavilaciones. Abandonar el suelo natal como un prófugo, sin abrazar á su madre, sin despedirse de Celeste, sin tener una postrera explicacion con Aurora, sin saber la suerte de la infeliz Teresa! Todo esto lo tenia casi sin juicio, y de cuando en cuando el corazon le latia fuertemente, y las lágrimas asomaban á sus ojos; pero al instante procuraba desechar tan tristes ideas, y se ponía á tararear algun trozo de ópera.

La desconocida continuaba sollozando, y cada vez que Arturo lo notaba, sentia que un impulso secreto é irresistible lo arrastraba á entablar conversacion con la viajera: acercóse mas á ella, y con su calor experimentó una sensacion de dulzura y de consuelo inexplicables; mas la viajera arregló sus ropas y se acomodó en el rincon del coche.

Arturo dijo entre sí: vamos, esta mujer tiene algun pesar profundo, y necesita consuelos.

—Señorita, continuó dirigiéndose á la desconocida, y hablándole en voz muy baja; he escuchado las quejas de vd.; está vd. enferma? molesto á vd.? Va vd. cómoda?

Arturo no recibió ninguna contestacion; pero el pié de la viajera oprimió suavemente al de nuestro jóven, quien se olvidó de sus desgracias y de sus amoríos, y acomodando su mano debajo del capoton, buscó

con pausa y tiento la mano de la viajera, y en voz siempre baja le dijo:

—Creo que el movimiento del coche habrá hecho á vd. mal; pero en la primera posta tendré el gusto de ofrecer á vd. alguna cosa para que se desayune. ¿Viene vd. sola? Va vd. á Veracruz?

Arturo no recibió ninguna respuesta; pero inesperadamente la mano de la viajera oprimió la suya.

Eran cerca de las cinco de la mañana; las estrellas iban palideciendo, el horizonte se pintaba levemente de color de rosa; algunas nieblas leves y blanquecinas, como copos de nieve, se levantaban de las praderas; la atmósfera era fresca y embalsamada, y algunas aves comenzaban á dar al aire sus cantos: todo era poético, hasta el silencio. Al sentir Arturo el contacto de la mano de la viajera, y divisar por la portezuela el cuadro de la naturaleza que se presentaba ante sus ojos, bendijo á Dios en lo íntimo de su corazón, pensando que el amor es lo único de positivo, de eficaz que hay en la vida, para disipar las mas amargas penas del corazón.

La viajera no retiró su mano de la de Arturo, y este, enajenado, soñaba viajar con ella, cuidarla, aliviarla de su infortunio, sanar con sus intenciones hasta las heridas amorosas que acaso tuviera su corazón. No la conocía, no sabía quién era; pero reflexionaba que el instinto secreto y vivo que lo arrastraba hacía esta mujer, no podía engañarlo: figurábase ya tener una compañera para toda la vida. ¡Ilusiones! Pero esta es la juventud, este el hombre; cuando el amor y la ter-

nura rebosan en el corazón, y este se encuentra huérfano y aislado, necesita dar y comunicar ese sentimiento sublime y que no cabe en él.

El día fué aclarando, las nieblas acabaron de disiparse, y los rayos del sol iluminaron la blanca y soberbia frente de los volcanes. La viajera retiró su mano, cubrió su rostro con la capota, y suspirando dolorosamente, se reclinó en el antepecho del coche.

Arturo se entristeció; pero su interés y curiosidad aumentaron considerablemente.

La Diligencia cambió de caballos muchas veces, y en todas ellas, la viajera, á pesar de las instancias del jóven, rehusó bajarse de la Diligencia á tomar alimento. A las doce, el coche paró en Rio-Frío, y habiéndose apeado todos los pasajeros, Arturo y la desconocida se quedaron solos.

—En esta ocasión, señorita, no permitiré que deje vd. de tomar alimento; se moriría vd. en el camino de debilidad, ó se expondría á interrumpir su viaje, si es que va á Veracruz.

La viajera por toda respuesta sacó su blanca mano y la tendió al jóven; este la aceptó con emoción, pero cada vez mas sorprendido de estas señales mudas de interés ó de amor.

—Si algo pueden los ruegos de un hombre, que aunque desconocido, le dijo el jóven, se interesa vivamente por vd., le suplico que baje del carruaje: un corto paseo, el aire y algun alimento, le harán mucho bien. Vamos, señorita, no tenga vd. desconfianza de mí, pues aunque mi trage, por causa del camino y de la preci-

pitacion con que he salido de México, es burdo, mis maneras le harán conocer á vd. que soy un hombre de educacion.

La viajera levantó penosamente su cabeza y descubrió parte de su rostro: Arturo vió una frente pálida y tersa, y dos ojos negros y húmedos, sombreados por luengas y rizadas pestañas, donde como diamantes brillaban algunas lágrimas.

Arturo creyó que soñaba, que era presa de un vértigo ó de una pesadilla: aquella frente de alabastro, aquellos ojos melancólicos y negros, los habia visto en alguna parte; pero no recordaba si habia sido en medio de la algazara y del calor de un baile, ó en una estancia pavorosa y oscura donde se cometiera un crimen en medio del silencio y del misterio: Arturo soltó la mano de la viajera, se limpió los ojos, y con voz temblorosa le dijo:

—Por Dios, señora, dígame vd. su nombre, dígame vd., ó yo me vuelvo loco.

La viajera puso un dedo en su boca en signo de silencio; hizo seña á Arturo de que bajara del carruaje, y ella misma descendió penosamente por la portezuela opuesta á aquella por la que lo habia hecho el jóven; en seguida se cubrió tanto como pudo el rostro, le dió el brazo, y echó á andar con direccion al bosque.

Arturo, silencioso, temblando, y conteniendo el aliento, obedeció, y ambos se dirigieron á la orilla del monte. Luego que hubieron interpuesto algunos árboles entre las casas y ellos, y que la viajera se cercioró de

que nadie la observaba, echó atrás la capucha de su capota y descubrió su rostro.

—¡¡¡Teresa!!!... exclamó Arturo, retrocediendo espantado.

La jóven no pudo decir nada, sino que con el candor de una paloma, tomó la mano de Arturo, se reclinó en su seno, inclinó la cabeza, y dió rienda suelta á sus sollozos y á sus lágrimas. El jóven, por su parte, y pasados los primeros momentos de estupor, lloró tambien silenciosamente: era Teresa tan bella y tan desgraciada, que ¡quién le habia de negar una lágrima!

—Me moria ya, dijo Teresa levantando su pálido rostro y mirando á Arturo; me moria, y necesitaba llorar: perdóneme vd.; pero lo elegí para mi amigo desde que lo conocí en el baile, y ahora le he acreditado que fiaba en su generosidad y en su honor, para llorar en su seno mis pesares.

—Oh! Teresa, Teresa! ya que he tenido la fortuna de que haga vd. de mí esta confianza, dijo Arturo conmovido y tomándole las manos, necesito que me perdone vd.

—Perdon!... ¿y de qué? dijo Teresa.

—De haber presenciado la agonía y el suplicio de vd., Teresa; de haber visto á su infame seductor apoyar el cañon de una pistola sobre esa frente... y de haber sido tan cobarde é infame que no salvé á la querida de mi amigo el capitán.

—Es vd. amigo del capitán? dijo Teresa con precipitacion, é interrumpiendo á Arturo.

—Sí, Teresa.... Pero cuénteme vd. cómo se ha libertado de ese asesino?

Teresa se quedó pensativa con un dedo apoyado en la boca, y al cabo de un momento, dijo pausadamente:

—Conque vd. presencié lo que sufrí? Es muy extraño.... ¿Y sabe vd. cómo me he salvado?

—Cuando el miserable viejo apoyó el cañon de la pistola sobre la hermosa frente de vd., me ví arrebatado por.... pero es en vano, Teresa: nada puedo explicar á vd. ahora, nada; la cabeza se me pierde en un mar de pensamientos encontrados, y....

—Y Manuel? preguntó Teresa tímidamente, y bajando los ojos.

Arturo se puso pálido, y tuvo que fingir que tosía; pero Teresa lo notó, y con ademán suplicante y voz ahogada continuó:

—Y Manuel, caballero? Si tiene vd. una querida, por el amor de ella, por su memoria, dígame vd. dónde está Manuel?

—Pobre jóven! Sois muy desgraciada, le contestó Arturo conmovido y abrazándole la frente.

—No me oculte vd. nada, caballero; si Manuel ha muerto, yo no quiero vivir; su amor, la esperanza de volverlo á ver, aunque sea de aquí á muchos años, es lo único que sostiene mi vida.

—Pobre criatura! dijo Arturo para sí; y luego, disimulando cuanto le fué posible su emocion, le dijo:

—Qué idea, Teresa! Manuel no ha muerto; pero será muy desgraciado sin vd. ¿Adónde va vd., llena de lágrimas y de desgracias? Dígame lo que desca-

que yo daré, si es necesario, mi existencia por la mujer que ama mi amigo.

—Gracias, gracias; pero vd. nada puede hacer para aliviar mi corazon, sino entregar á Manuel este relicario que contiene mi retrato y un rizo de mi pelo.

Arturo, temblando, tomó el relicario que Teresa se quitó del cuello.

—Dígale vd. que mis lágrimas han caido sobre este relicario, y que él estaba sobre mi corazon en los momentos de mi mas cruel agonía.

Esta conversacion sin orden, sin regularidad, fué interrumpida por el postillon, que les gritó, que estando ya los caballos puestos, se quedarian sin almorzar si no lo hacian breve. Arturo tomó del brazo á Teresa y la colocó en la Diligencia, donde á fuerza de mil súplicas le hizo tomar un trozo de gallina y una copa de vino. Por su parte acudió á la mesa; tomó con precipitacion lo que le fué posible, y se metió en el carruaje, donde estaban ya instalados los pasajeros. Sonó el látigo y los caballos partieron con la velocidad del rayo: á las cinco de la tarde llegaron á Puebla.

—Singular posicion la mia! pensó Arturo al apear-se en la casa de Diligencias de Puebla: haber dado la muerte á un amigo á quien yo amaba, y presenciar ahora la agonía de esta infeliz! ¿Adónde irá Teresa? Cómo se habrá escapado? Por qué Rugiero me impidió salvarla? Cómo este hombre sabia la escena que iba á pasar? ¡Dios mio! yo pierdo el juicio.

—Arturo, dijo Teresa; suplico á vd. me dé el brazo, porque no puedo tenerme en pié.

—Perdone vd., Teresa, contestó Arturo, dándole la mano para que bajara del carruaje; pero estoy fuera de mí, y lo que ha pasado de cuatro días á esta parte, basta para perder el juicio. Vamos, pobre Teresa... vamos... así... apóyese vd. en el brazo de su amigo, que es también muy desgraciado al verse solo y sin un corazón que lo ame....

—Y mi amistad, no es nada? contestó Teresa, esforzándose para sonreír.

—Es mucho, mucho Teresa; y los deberes que tengo por mi conciencia y por mi honor, de consolar y de auxiliar á vd. en su infortunio, son sagrados.

Arturo colocó á Teresa en el mejor cuarto que se proporcionó; la hizo tomar algún alimento, le instó para que se recogiese, y procurando dar á su semblante un aire de alegría, que estaba muy distante de tener, le dijo restregándose las manos:

—Vaya, Teresa, ahora que estamos mas en calma, dígame vd. cómo se libertó por fin, y por qué viene en esta Diligencia, y adónde va?

Las emociones habían debilitado á Teresa hasta un grado, que apenas podía hablar y moverse; pero esta misma causa daba á su fisonomía un atractivo indefinible: era el ángel de la desgracia próximo á volar del mundo.

—Teresa, es menester valor..... Vamos, ¿no soy su amigo de vd.? ¿Teme vd. que yo venda sus secretos?

—No, de ninguna suerte; el interés que á vd. le he inspirado, es sincero, y tengo entera confianza en vd.

pero me es imposible revelarle cómo me salvé: he jurado no decirlo.

—Pues bien, Teresa, adónde se dirige vd.?

—Voy á embarcarme para la Habana: mi padre tenía allí algunas posesiones, y me voy á desterrar para siempre. Al decir esto, la voz se anudó en su garganta, y cubriéndose el rostro se puso á sollozar.

—Bien, Teresa, acompañaré á vd.: yo no tengo amor, ni apego á nada de la vida; cualquiera parte del mundo es igual para mí.

—Y Manuel? dijo Teresa tristemente, tendiéndole la mano.

Arturo inclinó la cabeza, y reflexionó:—Si yo me voy con Teresa, se decía interiormente, indudablemente la amaré: esta mujer es un ángel... He sido involuntariamente un asesino, pero no debo ser un traidor y un infame... ¿Y mi pobre madre?... No iré.

Teresa, con voz mas suave, volvió á repetir: ¿Y Manuel?

—En verdad, Teresa, vd. es una noble y santa mujer, que cuida primero de su amante que de su existencia.... Bien hecho; me quedaré, y yo daré á vd. razón de Manuel.

—Gracias; vd. me vuelve la mitad de la vida: quiera Dios que encuentre vd. una mujer que lo ame tanto como yo á Manuel. ¿Desearía vd. mas?

—Solo la felicidad de vd., contestó Arturo tristemente.

Arturo salió conmovido, y encargando antes á Teresa que procurara descansar. Arturo no pudo pegar